

dar presuroso por los caminos polvorientos de Andalucía le había descubierto muchas cosas. Había palpado una realidad que no pudo menos de llegarle al alma. El pueblo vegetaba en la ignorancia religiosa, y el analfabetismo constituía una plaga social.

Su hidalga figura se movía garbosamente en todos los ambientes, y esto le había dado a conocer también los males que aquejaban a las clases sociales más elevadas. Tampoco se le ocultaba el no muy halagüeño nivel espiritual y moral de la Clerecía y su escasa fecundidad apostólica en demasiados casos.

El diagnóstico no ofrecía dudas.

Urgían reactivos fuertes. Era urgente aplicar a la enfermedad el remedio curativo. Pero... bien sabía el Maestro que esto no era suficiente. Había que curar y había que prevenir. Más que nada, diríamos, eran necesarios medios de profilaxis espiritual y sobrenatural, siempre más eficaces y efectivos.

Y aquí se nos revela el gran reformador, que no titubea en poner el dedo en la llaga y que sabe madurar y llevar a la práctica un plan audaz e intrépidamente renovador.

El maestro ha medido la profundidad del mal, y va derecho a la base, al fondo mismo del problema. Y es que la existencia misma del problema, con todas sus funestas repercusiones en el pueblo y en la misma esfera clerical, arrancaba precisamenté de la falta de preparación humana y sobrenatural de los clérigos.

La clave para la solución del problema está—nos dirá el gran Maestro—en formar clérigos «sabios y buenos».

¡Qué bien comprendemos hoy las siguientes palabras del Maestro, densas de ideas y temblorosas de afanes reformistas!:

«El principal cuidado del Obispo ha de ser cerca de las ánimas; y para esto ha de menester clérigos SABIOS Y BUENOS, pues sin ellos no puede más que ave sin alas para volar y para esto ha de tener mucho cuidado de saber los mancebos que hubiere virtuosos en su Obispado; y agora sea dándoles aparejo con que estudien en la ciudad donde el Obispo está, agora sea enviándolos a estudiar a alguna Universidad a costa de él, en todo caso que cuide de hacerles letrados, y favorecerles todo lo posible; y en tener muchos de éstos está su bienandanza para ser buen Obispo; y porque no los hay hechos, conviene que los haga de principio.»